

## LIBROS

MORTALIDAD  
DE BORGES

¿Ha muerto Jorge Luis Borges? Que Borges haya muerto o no, que haya sido olvidado, depende de que se siga leyendo su obra y, sobre todo, de cómo se siga leyendo su obra.

ANTONIO LASTRA

Vicente Cervera Salinas, *Borges en la Ciudad de los Inmortales*, Renacimiento, Sevilla, 2014.

Sergio Sánchez, *Borges lector de Nietzsche y Carlyle*, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina, 2014.

Carlos García, *El joven Borges y el expresionismo literario alemán*, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina, 2015.

La muerte de Borges podría haber sido una errata a juzgar por el extraño titular con el que un periódico español de amplia circulación la dio a conocer al día siguiente en su portada: “Murió Jorge Luis Borges”. Los epítetos –absoluto, indefinido– con los que la gramática reconoce el pretérito perfecto simple indican que la acción (si morirse lo es) tiene que ver con lo que Borges, creo, habría llamado un vago ayer sin relación alguna con el presente, absuelto en el tiempo. “Ayer [un 14 de junio de 1986] murió Jorge Luis Borges”, con la especificación

del adverbio, habría sido seguramente un enunciado más apropiado y algunos lectores lo hicieron notar así en cartas de emocionada delicadeza remitidas al director del periódico, pero tal vez la delicadeza de los lectores no tuviera en cuenta que Borges podía preferir el olvido. “Ha muerto Jorge Luis Borges”, en un pretérito perfecto compuesto, habría sugerido, por el contrario, que su muerte en Ginebra (la ciudad que se ha renovado sin perder sus ayeres, donde algunos de los ayeres de Borges pervivían en su memoria) seguía teniendo algún vínculo con el presente. Treinta años después, el ayer de su muerte y todos esos ayeres, *all our yesterdays*, se juntan en un solo epitafio. ¿Murió Jorge Luis Borges? ¿Ha muerto Jorge Luis Borges? Que Borges haya muerto o no, que haya sido olvidado, depende de que se siga leyendo su obra y, sobre todo, de cómo se siga leyendo su obra. En fin, depende de que se siga leyendo y de cómo se siga leyendo. De los clásicos, Borges decía que lo eran por el modo como los lectores, “con previo fervor y con una misteriosa lealtad”, los leen. No he conocido a ningún lector de Borges que no lo lea así y que no crea que Borges es un nombre propio de la literatura.

En los tres libros se dan esas condiciones. Borges es, para sus autores, un escritor clásico, recordado y leído. Que también sea inmortal parece ser la convicción del profesor Cervera. *Borges en la Ciudad de los Inmortales*, que comprende doce capítulos precedidos por un prólogo (‘Borges, el memorable’), es, en lo esencial, un comentario al relato de Borges *El inmortal*. En el capítulo que da título al libro, Cervera comenta exhaustivamente la arquitectura piranesiana del relato de Borges, desde la cita inicial, la introducción, los cinco capítulos con sus notas a pie de página y la posdata, hasta la dedicatoria, que aparece al final, y se detiene en el concepto de inmortalidad que lo recorre todo. El “emblema” del relato es la propia Ciudad de los Inmortales que el narrador describe como una pesadilla (pág. 38). Mientras perdure esa ciudad, se lee, “nadie en el mundo podrá ser valeroso o feliz”. Cervera observa que el título del relato pasó del plural al singular al entrar a formar parte de *El Aleph*, es decir, al convertirse en aquello hacia lo que todo tiende en el mundo, un libro. Ese cambio “contiene la poética implícita del cuento” (pág. 43). ¿Es la Ciudad de los Inmortales una “ciudad de libros”? “El único inmortal posible

–dice Cervera– es el escritor” (pág. 42). En ‘Las horas y los siglos de Borges’, que sirve de epílogo a su estudio, Cervera vuelve de una manera circular a *El inmortal* y reafirma su idea de que la inmortalidad habría sido para Borges tan solo una reminiscencia literaria e impersonal: una modificación de la anamnesis platónica según la cual los libros, o el libro, ocuparían el lugar de las ideas. La literatura comprendería así un único texto con infinitas variaciones.

En lo esencial, lo que dice Cervera es correcto. Sin embargo, creo que se trata de un planteamiento al que se le puede objetar, con humildad leibniziana, que Borges es siempre discernible. Así como Sócrates es más memorable que la teoría de las ideas o Dante que la construcción escolástica de la *Comedia* –Sócrates cuando acaricia los cabellos de Fedón mientras finge despreciar el cuerpo ante los pitagóricos, Dante cuando llora avergonzado al encontrarse con Beatriz en el Paraíso terrenal–, Borges lo es más que los argumentos con los que trató de probar que no existió o que solo nos queda lo que escribió. Borges mismo es memorable. Lo es cuando escribió que prefería ser recordado como amigo más que como poeta. Como a un amigo lo leemos en cada uno de los apuntes, en verso o en prosa, sobre el amor y el desamor que dejó en los diez últimos años de su vida, en los que –al menos, para mí– escribió lo mejor de su obra.

Pero no es solo memorable o inmortal como escritor y como amigo, sino también como lector. El profesor Sánchez lo ha expresado acertadamente al decir que Borges “representa una opción de cultura”. Esta frase proporciona el hilo conductor de su monografía de Borges como lector de Nietzsche y Carlyle, dos de los mayores enemigos de la cultura contemporánea. (Que “cultura” sea una palabra tan gastada como “humanismo” es incuestionable, pero aún no hemos encontrado con qué suplirla. No podemos suplirla, por ejemplo, con “utopía.”) Sánchez repite la frase en tres ocasiones. En la primera, recuerda que, para Cioran, Borges representaba “la imagen de la única utopía que estaba dispuesto a asumir como propia [...] representa una opción de cultura” (págs. 9-10). Aducir la autoridad de Cioran es legítimo porque Cioran no es comparable a Borges: no lo es la imaginación ni lo es la fantasía

de ninguno de ellos; no lo es la ética de su literatura. Como lector, Borges habría empleado la *ephexis* o indecisión en la interpretación que el propio Nietzsche, filólogo antes que filósofo, había exigido para leer bien. (Sánchez es un profundo conocedor de Nietzsche y sabe que todo cuanto es filología acaba contaminándose de filosofía. En paralelo a su investigación sobre la lectura borgeana de Nietzsche y Carlyle publicó en 2014 *La insensata fábrica de la vigilia: Nietzsche y el fenómeno del sueño*. Sin citar a Borges en esta monografía, Sánchez es suficientemente borgeano como para recordar que Nietzsche habló de la interpretación de un texto desconocido que obligaría a una *ephexis* superior.)

En la segunda ocasión, Sánchez empareja a Borges con Bertrand Russell: al gnosticismo de Cioran le sucede el escepticismo del autor de la *Historia de la filosofía occidental*, uno de los libros clave para entender el desarrollo intelectual de Borges. Sánchez escribe que tanto Borges como Russell habían aceptado “el desafío moderno de pensar el mundo y la vida desprovistos de antiguas categorías metafísicas y teológicas”. (“Antiguas”, sin embargo, habría merecido la cursiva para que el énfasis que recae en *moderno* fuera del todo eficaz.) Su escepticismo “representa una opción de cultura” (pág. 74). Que al escepticismo de Russell pueda aplicarse, sin embargo, la indecisión en la interpretación es algo más dudoso: cabe mostrarse escéptico respecto a la interpretación liberal de la filosofía que se trasluce en la interpretación de la *República* de Platón como una utopía. Russell escribió que “siempre ha sido lo correcto alabar a Platón, pero no entenderlo. Ese es el hado común de los grandes hombres. Mi objetivo es el opuesto. Deseo entenderlo, pero tratarlo con tan poca reverencia como si fuera un inglés o americano contemporáneo partidario del totalitarismo” (*History of Western Philosophy* II, 13). Es posible pensar que la indecisión en la interpretación ha consistido, después de Russell (o de Karl Popper), en invertir toda inversión de Platón, en tratar de entenderlo como Platón se entendió a sí mismo, con independencia de la alabanza o la reverencia.

Mucho más amable es la tercera ocasión en la que Sánchez emplea la frase: “una verdadera opción de cultura”, alternativa a la representada por Carlyle, sería la representada por Emerson (pág. 83). Borges habría

encontrado en Nietzsche un aliado en esta tercera opción (véase la pág. 92; leer a Nietzsche como lector de Emerson es una de las indecisiones más felices de la interpretación). A diferencia de Cioran o de Russell, la obra de Emerson está libre de cualquier procedimiento ideológico, de toda tentativa o tergiversación utópicas. A propósito de Emerson, Sánchez puede argumentar que Borges fue siempre sensible a la presentación de la condición humana como mortal: “Tocados por la inmortalidad, no urgidos ya por la caducidad, los trogloditas de *El inmortal* se han vuelto en algún sentido no humanos y hasta inhumanos” (pág. 84). El “humanismo” de Borges no es otra cosa que un modo de referirnos a su mortalidad. (Me sorprende que nadie, hasta donde yo sé, haya señalado en *El inmortal* la influencia de Kipling.)

Con *El joven Borges y el expresionismo literario alemán* volvemos al inicio de la historia (y, en cierto modo, también a su final), al momento en el que Borges descubrió en Ginebra el alemán y tradujo algunos poemas del movimiento expresionista. Carlos García ha investigado la relación de Borges con los poetas expresionistas alemanes y la influencia que, en parte debido a sus traducciones, ejercieron en el ultraísmo español. Con el tiempo, toda vanguardia pasa a la retaguardia. Las traducciones de Borges, acompañadas de los textos originales y de nuevas traducciones del propio García que ofrecen una pauta de comparación, y un elenco de los poetas expresionistas constituyen el grueso de una monografía que despeja el terreno para conocer los años de formación de Borges. García ha observado muy bien que, con la probable excepción de Wilhelm Klemm y, sobre todo, de Johannes R. Becher, la influencia del expresionismo se difuminaría relativamente pronto –es casi inconcebible que Borges reconociera al ministro de cultura de la Alemania comunista en el que Becher se convertiría– y que la auténtica revelación de ese período se cifraría para Borges en dos nombres propios casi ajenos al movimiento expresionista: Franz Kafka y Walt Whitman, a los que García dedica dos capítulos espléndidos de su investigación. Que Borges descubriera a Whitman gracias a la traducción al alemán de Johannes Schlaf podría parecer absurdo, pero es una muestra de que tal vez la traducción sea la verdadera lengua franca de la literatura. García conjetura que el

descubrimiento de Whitman tuvo que ver en realidad con la traducción de Gustav Landauer. Landauer es desde luego un nombre mucho más amable que el de Schlaf y su destino trágico, en la revolución fracasada de Alemania en la que Borges creyó, lo hace aún más amable. (Landauer fue, mucho antes que Heidegger, el descubridor de Hölderlin.) Con Kafka, Borges encontraría una especie de falsilla con la que leer a muchos autores: a Chesterton, por ejemplo. Cuando Borges escribió de Kafka que era el gran escritor clásico del siglo XX probablemente se estuviera refiriendo a su propia depuración de todos los elementos barrocos que había incluido en su propia obra. (Las enseñanzas de Reyes aquí son más que relevantes. García ha editado la correspondencia entre ambos, pero siempre nos faltarán las actas de sus conversaciones.) Que el expresionismo de Kafka simplificara la literatura es una paradoja mayor que la de considerar la traducción la lengua franca de la literatura.

El elenco de García incluye también a Maurice Claude, sinónimo de Maurice Abramovicz, amigo de juventud de Borges en Ginebra y cuya correspondencia con nuestro escritor ha editado García. En su último libro, *Los conjurados*, de 1985, Borges dedicó dos páginas seguidas en prosa a su viejo amigo fallecido. La primera, una elegía, está fechada en Buenos Aires en 1984 y contiene una evocación del Ródano y el Tiempo. “Tuya –escribe Borges– será la certidumbre de que el Tiempo se olvida de sus ayeres y de que nada es irreparable o la contraria certidumbre de que los días nada pueden borrar y de que no hay un acto, o un sueño, que no proyecte una sombra infinita.” La segunda, escrita en Ginebra, es mucho más conmovedora. Contiene el asombro y la maravilla de “ese hecho tan notorio de que nadie puede morir”. Cuando el propio Borges muriera en Ginebra dos años después entraría en la muerte, como Abramovicz le había enseñado, como quien entra en una fiesta. ¿Murió Borges? ¿Ha muerto Borges? Borges no es uno de los inmortales. ♣

---

ANTONIO LASTRA ES INVESTIGADOR EXTERNO EN EL INSTITUTO FRANKLIN DE INVESTIGACIÓN EN ESTUDIOS NORTEAMERICANOS DE LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ.